

**Josep M. Cadena: «Subirachs, fiel a las fecundas esencias del arte»,
Diario de Barcelona, 14 de enero de 1973, p. 10**

La fuerza genésica de la Naturaleza, el impulso vital que gobierna las acciones humanas, con toda la misteriosa y sublime relación que hay entre cerebro, sentimiento y carne, es lo que mueve al verdadero arte. Josep Maria Subirachs, escultor que levanta grandes monumentos representativos de nuestro tiempo y que al ser fiel a la hora presente lo es a las grandes constantes de la Humanidad, ha sabido interpretarlo así en la obra que actualmente realiza. Su camino, largo e intenso, con etapas que pueden parecer contradictorias pero que obedecen a una búsqueda lógica y apasionada de los orígenes, es, entre los que me han sido dados a conocer, uno de los más honestos consigo mismo y con los demás.

Subirachs no avanza en su quehacer de artista con el propósito de hacer una carrera en la que cada paso sólo tiene función de apoyo para dar el siguiente; ni su objetivo es el de los muchos aprovechados al uso, que procuran sintonizar en cada momento con lo que está de moda. Su trayectoria es la del que en cada momento hace con plenitud todo aquello que siente y así afina más los sentidos para conocer lo que de tan sencillo está oculto por la anécdota de cada día. Subirachs fue expresionista y no figurativo, para estar ahora en una nueva figuración, que no es una vuelta a la plasmación de las formas que nada dicen en sí sino un progreso hacia la buena nueva de las verdades que todos llevamos dentro desde que nacemos, porque constituyen nuestra esencia humana. En el arte de Subirachs no hay hermetismos propios para que se le admire tan sólo en círculos influyentes y estáticos, que nada representan en verdad, sino auténtico afán de comunicación. Por ello sus obras, muy pensadas y muy hechas, son cada vez más comprensibles, más inteligibles, más cautivadoras para el gran público, que es para el que en definitiva van destinadas ahora y en proyección de futuro. El escultor, comprendido y alentado al principio únicamente por las minorías, se ha hecho grande y representativo de la época en que vive porque en realidad trabajó siempre con pasión de portavoz, de profeta de la comunidad.

Ahora Subirachs prepara un monumento fálico de cinco metros de altura, que ha de instalarse en unos jardines particulares de Barcelona. Se trata de un obelisco en cuyo pie figurará la siguiente inscripción: «L'art és l'erotisme de la història». La frase, contundente, axiomática, quizá escandalice –al igual que el monumento– a quienes quieren ver en el Eros un sentimiento vil, una flaqueza humana que mereció ser castigada por la divinidad y que tiene el perfume letal del pecado; pero ha de ser considerado como plenamente acertada –así como el obelisco, equivalente al menhir prehistórico y aún asimilable en cierto modo, por el lugar al que va destinado, a la idea originaria del dios Príapo– cuando comprendamos que el erotismo es igual a creación y que el progreso histórico de los pueblos tiene su origen en la fecundidad de la mente artística.

Josep M. Subirachs i Sitjar –nacido el 11 de marzo de 1927 en el Poble Nou barcelonés, distrito que en 1971 le concedió su «San Martín» de oro como personalidad de relieve internacional- no tuvo unos comienzos fáciles. Hijo de familia modesta –su padre era obrero textil con escasas disponibilidades económicas- realizó estudios primarios, trucados por la guerra y la necesidad de trabajar. Empezó muchos oficios –decorador, mecánico, dependiente de anticuario, imaginero religioso- hasta que entró en el taller de Enrique Monjo.

De haber pertenecido a un estamento social acomodado, posiblemente Subirachs hubiera hecho estudios de arquitecto y ahora levantaría edificios, ya que su pasión por el volumen en relación con el espacio le llevaba a ello. Pero la fortuna quiso que se orientara hacia el arte escultórico, con inicios modestos. Con Monjo aprendió a conciencia el oficio, aunque con los trabajos realizados en aquel taller no se encontrara a sí mismo. La revelación de que había otra escultura le vino ante la obra de Enric Casanovas, junto al cual pudo estar durante unos meses, pocos en número ya que el fallecimiento del artista truncó la relación de maestro a discípulo, pero tan intensos que Subirachs siempre cita con respetuoso agradecimiento esta breve etapa. Ante el arte estérilmente imperialista de los años que siguieron a la guerra civil, el novel escultor miró hacia el «Noucentisme» y puso en él su ideal. Le pareció que la etiqueta con la que Eugenio d'Ors quiso uniformar a un conjunto de hombres que a principios del presente siglo sentían el impulso creador y se sabían intérpretes de una conciencia colectiva de país, era sinónimo de libertad. La figura de Casanovas, a quien califica siempre de «sage», le impresionó muchísimo y en su primera exposición, celebrada en junio de 1948 en la Casa del Libro, a los veintiún años de edad, mostró una clara tendencia mediterránea. Pero su fuerza escultórica no podía quedar encerrada en moldes ajenos, que el oficialismo inmovilista se había hecho suyos en lo externo. Inició entonces su personal búsqueda, con la participación en un efímero grupo denominado «Postectura», en el que estaban Torres Monsó i Esther Boix; estudios en París, merced a una bolsa del Instituto Francés; marcha por dos años de 1954 a 1956, a Bélgica, donde evoluciona en su arte y obtiene esperanzadores éxitos; y regreso a Barcelona para ser el primer escultor abstracto que tuvo una obra en un lugar público de la ciudad: la escultura en hormigón que figura a la entrada de los Hogares Mundet, colocada en 1957.

El arte de Henry Moore, con la atención prestada a los espacios vacíos, y la magia creadora de Antoni Gaudí, influyeron en Subirachs. Nuestro escultor penetra en la abstracción, pero realiza obras que aspiran a formar un todo con el ambiente para el que son concebidas: relieve en la fachada de la Facultad de Derecho en Pedralbes y el monumento al final del paseo Nacional, colocado allí aunque se había pensado para la puerta de la Paz, y llega a un momento muy importante en su trayectoria cuando es elegido para realizar la fachada y puerta del Santuario de la virgen del Camino, en León. Es esta una obra

impresionante, que da idea de su potencia como artista que sabe hacer suya una idea y desarrollarla para dejar testimonio. A partir de entonces Subirachs podía haberse convertido en un escultor encasillado en lo religioso, pero tuvo la valentía de retirarse. Abundaron los encargos en este sentido y aunque a él le gusta trabajar sobre la temática general dada por el cliente, en servicio a una obra arquitectónica y a una labor de conjunto, siempre es a condición de poder decir algo nuevo, de no repetirse. Prefirió ahondar en las esencias del arte, trabajar con los más distintos materiales para descubrir sus posibilidades. Y en forma equilibrada y medida, llegó a la «nueva figuración», de la que fue primer testimonio en lugar público el monumento que realizó en 1963 como homenaje a Monturiol.

La acción escultórica de Subirachs avanza en el sentido de ser comprensible a todos en el significado. Sus obras —el monumento que realiza en México como recuerdo de la Olimpiada de 1968 y la fachada del nuevo edificio del Ayuntamiento de Barcelona sirven de ejemplo—, tienen los suficientes detalles concretos para que sea asimilable el espíritu, que es lo que importa. Con su nueva figuración, donde hay repeticiones de módulo, erosiones y vacíos que denuncian la realidad y lo fugitivo de las apariencias, recupera las esencias del arte. No improvisa ni deja las obras a medio hacer, sino que medita y trabaja la materia hasta el máximo. Actualmente prepara una exposición —a celebrar posiblemente el próximo marzo en «René Métras»—, que causará sensación con obras en las que une la pintura y la escultura, así como insiste en descubrirnos de la existencia y las relaciones entre hombre y mujer.

Aunque no puedo insistir en ello como quisiera, debido a la limitación del espacio periodístico, debo hacer notar que Subirachs es también un excelente dibujante y grabador. Galardonado con el «Ynglada-Guillot» en 1966, tiene dibujos e ilustraciones que acreditan su buen arte. Y aunque no ha prodigado mucho como grabador son elogiables sus aguafuertes y litografías, especialmente la serie de cuatro que recientemente ha realizado para la editorial Gustavo Gili con el título *Génesis 1-22*, versículo bíblico referente a la creación de la mujer.

La obra de Subirachs se halla en una plenitud que no ha descubierto todos sus secretos, que aún está en marcha dentro de sí misma. De este escultor, que ya nos ha dado tanto, se puede esperar todavía mucho más, como el tiempo habrá de demostrarnos